

La tradición sitúa en el siglo v el paso de la Antigüedad a la Edad Media. En esos momentos, Europa no existe. Casi todo lo que el historiador puede conocer se sigue ordenando en torno al Mediterráneo, en el marco del Imperio romano. No obstante, iniciado mucho tiempo atrás, un movimiento tiende a desarticular ese marco. La parte griega del Imperio se va apartando poco a poco de la parte latina. En el Este se halla efectivamente toda la vitalidad, la riqueza, la fuerza, y la civilización antigua prosigue allí su historia sin rupturas. Al mismo tiempo se disgrega en el Oeste, que ocupa desde siempre una posición de debilidad y cuya ruina precipitan las migraciones de pueblos germánicos. Se instala en ese flanco el desorden, que se mantiene durante tres siglos en los que se combinan los ingredientes de una civilización nueva. De un arte nuevo.

El propio Occidente está constituido por dos partes. Una, la meridional, está romanizada. En las provincias en las que la huella de Roma no es tan profunda resurgen más o menos las costumbres autóctonas, antes sofocadas por la colonización imperial. No obstante, por doquier se mantienen las ciudades. Es verdad que van

siendo cada vez menos numerosas a medida que nos alejamos del Mediterráneo, pero están conectadas entre sí por una red de vías indestructibles, de un extremo al otro del Imperio, en una estrecha comunidad cultural. Esas ciudades se despueblan. Poco a poco, los dirigentes las van abandonando, instalándose en las residencias que poseen en el campo. Se conservan, sin embargo, vivas, imponentes, con sus murallas, sus puertas solemnes, sus monumentos pétreos, las estatuas, las fuentes, las termas, el anfiteatro, el foro en el que se tratan los asuntos públicos, las escuelas en las que se forman los oradores, las colonias de traficantes orientales que manejan la moneda de oro y que saben aún cómo obtener el papiro, las especias, las galas importadas de Oriente, y, en las vastas necrópolis que se extienden extramuros, los mausoleos y los sarcófagos de los acaudalados, cubiertos de esculturas. Todas esas ciudades se vuelven hacia Roma, que es su modelo. Roma, la urbe inmensa, apostada en el límite mismo que separa la latinidad del helenismo, una Roma en gran parte helenizada pero orgullosa de su pasada grandeza, una Roma que, apoyándose en esa memoria, en el recuerdo de San Pedro, de San Pablo, de todos los mártires cuyas sepulturas guarda, lucha con todas sus fuerzas para contener los avances de Constantinopla, la nueva Roma.

En el Norte, en el Oeste, entre las landas y los bosques en los que jamás penetraron las legiones, viven las tribus «bárbaras». Son poblaciones dispersas, seminómadas, de cazadores, de criadores de cerdos y de guerreros, y tienen unas costumbres muy distintas, unas creencias muy distintas. También su arte es diferente: no es el arte de la piedra, sino el del metal, los abalorios

de vidrio, el bordado. No hay monumentos, sino objetos que se trasladan, armas, y las joyas, los amuletos con los que se engalanan los jefes en vida y que luego se depositan junto a su cuerpo en la tumba. No hay relieve, sino labor de cincel. Es una decoración abstracta, signos mágicos entrelazados en los que a veces se insertan las formas estilizadas del animal y de la figura humana. Como han bordeado en sus desplazamientos los territorios helenizados, algunos de esos pueblos han recibido el Evangelio. Son ellos, conducidos por sus reyes, los primeros en abalanzarse sobre el Imperio de Occidente, los primeros en tomar el poder. Les siguen otros pueblos, paganos ahora, los cuales, al adentrarse más allá de las antiguas fronteras, borran en los territorios que ocupan las huellas demasiado discretas de la presencia de Roma. Es posible distinguir hasta dónde se impuso la cultura «bárbara», en esas horas agitadas, sobre la cultura romana, hasta dónde la anegó: marca los límites de ese avance la nítida línea, de extraña estabilidad, que separa en la Europa actual la zona lingüística romance de la de otras lenguas.

Las dos culturas no tienen el mismo peso. La más robusta, con mucho, que es la del Sur, recobra aún vigor en el siglo VI gracias a las empresas impulsadas desde Oriente por el emperador Justiniano. Éste logra rechazar momentáneamente a las monarquías germánicas. Sus tropas ocupan de nuevo Italia. En Roma, a lo largo del Adriático, en Rávena, se erigirán en signo de victoria, como emblemas de una reconquista cultural, majestuosos edificios que muestran en qué se ha convertido entonces el arte antiguo bajo la influencia del pensamiento de Plotino y de una espiritualidad que, negando la sombra como una de las manifestaciones

de la materia, condena la profundidad y, en consecuencia, el bulto redondo, invita a aplanar las imágenes en el espejeo de los mosaicos. Este injerto es oportuno. Sin él, sin la presencia de las formas que entonces se implantan en los bordes orientales de la latinidad, es posible que las tradiciones clásicas no hubieran resistido con tanta firmeza a la erosión.

Pero las guerras habían causado también grandes daños, y dos accidentes iban a debilitar la cultura meridional frente a la de los «bárbaros». La peste en primer lugar, que hizo estragos brutales durante la segunda mitad del siglo VI y siguió rebrotando periódicamente, con nuevas sacudidas, hasta mediados del siglo VIII. Propagándose a lo largo de las riberas y los caminos, la epidemia afectó principalmente a las ciudades, es decir, a los puntos de anclaje de las tradiciones antiguas. Se libraron en cambio las zonas rurales, y parece que por completo el norte de la Galia y Germania. Por otro lado, en gran parte de las regiones meridionales dominaba la civilización islámica. Los musulmanes ocuparon el Magreb, casi toda la Península ibérica y la Galia Narbonense; las comunicaciones marítimas con Oriente se interrumpieron; a partir del 670, el papiro ya no llegaba a los puertos de Provenza. La peste y las conquistas árabes se conjugaron así para esbozar la forma de la futura Europa, desplazando hacia el interior del continente los puntos fuertes del poder político y hacia las orillas del mar del Norte las corrientes de intercambio más activas. Esos mismos desplazamientos precipitaron la decadencia de las ciudades romanas de Occidente; los vástagos de las grandes familias senatoriales coincidían, en el entorno de los reyes, con los jefes de las bandas bárbaras; la fuerza de esa aristocracia mixta

se dejó sentir sobre el pueblo campesino y, en un mundo ruralizado, acentuó el ascendiente de las formas germánicas de pensar, de comportarse y de tratar la imagen.

La cultura romana conservaba, no obstante, su atractivo. Fascinaba a los invasores. Era para alzarse al nivel de esa cultura, para participar en esa especie de felicidad que creían compartida por los ciudadanos romanos, por lo que los germanos habían franqueado las fronteras, por lo que sus jefes, ahora con el poder en sus manos, se adornaban con naturalidad con el título de cónsules, por lo que residían en las ciudades, por lo que favorecían, como Teodorico, el florecimiento de las letras latinas, por lo que se sumergían con sus compañeros, como Clodoveo, en las aguas del bautismo. No tenían más que un único deseo, el de integrarse. Y para integrarse de verdad tenían que hacerse cristianos.

Efectivamente, lo que de más duradero había en la cultura romana —y en el arte antiguo— sobrevivía conservado en el seno de la Iglesia cristiana, de la Iglesia latina, la que no había caído en desviaciones heréticas y veneraba en el obispo de Roma al sucesor de San Pedro. Cuando, en los umbrales del siglo IV, y por decisión del emperador Constantino, la Iglesia dejó de ser una secta clandestina, sospechosa y de tarde en tarde perseguida, cuando se convirtió en una institución oficial del Imperio, se introdujo enseguida en los altos niveles del poder establecido, adquiriendo una posición dominante, calcando su jerarquía de la de la administración imperial. En cada ciudad, el obispo asumió a partir de ese momento las responsabilidades cívicas esenciales, alzando sus propias armas, intelectuales y espirituales, frente a las de los hombres de la guerra. Triun-

fante, la Iglesia se apropió de todo el legado cultural de la antigua Roma. Ocupó la escuela, pilar básico del sistema educativo en el que se preparaba a la élite ciudadana en el uso de la palabra pública. Hizo lo posible para proteger mal que bien del contagio de las lenguas rústicas al buen latín, el que empleara San Jerónimo para traducir la Biblia. Como los magistrados evergetes cuyo lugar habían ocupado, los obispos, durante mucho tiempo pertenecientes todos a las grandes familias romanas, se esforzaban por realzar, mediante la pompa de las liturgias, la música y las artes visuales, la gloria de su ciudad y la de su magisterio.

Prosiguiendo la empresa de magnificencia inaugurada en la época constantiniana, cuando el emperador había ordenado que se erigiera un suntuoso decorado monumental para las ceremonias de un culto al que se había hecho adepto y que él sostenía en su propio interés político, los obispos construían. Ampliaban los edificios que quedaban en pie, levantaban otros nuevos, a veces en el mismo foro, en el emplazamiento de templos dedicados a falsos dioses, reutilizando sus elementos estructurales con plena fidelidad a las tradiciones clásicas. Tomando por modelo las salas en las que los magistrados impartían justicia en nombre del soberano, construían basílicas, largas naves que estaban flanqueadas por galerías y que desembocaban en el ábside, con la silla episcopal. A semejanza de los monumentos funerarios, como el que Constantino había hecho erigir en Jerusalén para albergar el Santo Sepulcro, construían baptisterios de planta centralizada en torno al octógono de la piscina, símbolo de la transición de lo terrenal a lo celestial, de lo material a lo espiritual. Los prelados ponían especial interés en adornar esos luga-

res de conversión, de reproducción periódica de una sociedad nueva, lugares de integración. El baptisterio era así el emblema resplandeciente de la victoria del cristianismo.

Por su propia naturaleza, las religiones monoteístas son iconóforas: al Dios único no se le representa. Su presencia se señala mediante signos. Monoteísta, el cristianismo debía librar además un combate encarnizado para extirpar las religiones rivales; los obispos de la Alta Edad Media, los que destruían las efigies de los dioses antiguos, desconfiaban de las estatuas. Y también la cultura «bárbara», que ganaba terreno sin cesar, rechazaba la representación figurativa. La gran escultura monumental se fue así borrando, y durante siglos. No obstante, en los monumentos que construían, los dirigentes de la Iglesia cristiana sí colocaban figuras de hombres y mujeres. En efecto, al igual que el Imperio al que había sustituido, la institución eclesiástica no podía dejar de manifestar su autoridad a la plebe ante la que quería presentarse, ni de mostrársela mediante imágenes persuasivas. Debía también difundir su doctrina. Y el papa San Gregorio, en los albores del siglo VII, estaba convencido de que lo que se les enseñaba a los letrados mediante el texto se les enseñaba a los que no sabían leer mediante la imagen. Por último y sobre todo, el Dios de los cristianos se había hecho hombre, había tomado un cuerpo de hombre, un rostro de hombre. Por tanto, se le podía representar. Su imagen será en adelante mediadora, como lo es el propio Dios encarnado. El signo que es la imagen se convierte, en el sentido primero del término, en un «sacramento», un medio de unión entre la persona divina y la persona humana. Así se explica que sobreviviera en Occidente,

al igual que la retórica y la arquitectura en piedra, el arte figurativo de la Antigüedad mediterránea. No obstante, tendió a retirarse a las cercanías de las tumbas. Tal es al menos lo que hoy nos parece: la mayor parte del arte de la Alta Edad Media ha desaparecido; y la impresión sepulcral que suscita lo que queda de él, ¿no se debe acaso a que casi todos esos vestigios han sido exhumados por la arqueología? En cualquier caso, hay una cosa segura: la cultura de las ciudades romanas en su última evolución, las culturas autóctonas de base y las culturas bárbaras importadas no confluyeron en ningún sitio tanto como en el culto de los muertos, y de unos muertos concretos, los santos. Los restos de aquellos héroes del cristianismo victorioso, que seguían viviendo en el otro mundo, descansaban en aquel suelo. Mediante sus reliquias era posible acercarse a ellos, servirles, instarles por ese mismo servicio a que ayudaran a sus devotos, a que intercedieran en su favor. El sentimiento religioso, fervoroso, hallaba mejor acogida en los hipogeos que en las frías arquitecturas de las basílicas, y era allí donde se prefería instalar las *imagines*, es decir, los espectros, las representaciones fantasmales de los poderes tutelares. En esos lugares se observa asimismo la implacable retirada de la figuración ilusionista, proceso acelerado por el desplazamiento de las sedes de poder hacia el Norte, lejos de los orígenes mediterráneos, y también por los avances de la evangelización más allá de los antiguos límites del Imperio.

El cristianismo había penetrado en Irlanda a mediados del siglo v. Ciento cincuenta años después, el papa San Gregorio se empeñó en la conversión de Inglaterra.